

Editorial

La infancia y la juventud son construcciones sociales que nos permiten atisbar a la manera de ser, actuar, clasificar y analizar el funcionamiento de la sociedad, su complejo entramado y, desde luego, dar a conocer los resultados que obtengamos de nuestra particular mirada a este fragmento de lo social hacia el resto de los miembros de la comunidad, con ello estaremos contribuyendo a la reflexión sobre nosotros como especie humana y, por lo tanto, al autoconocimiento.

Una primera reflexión se refiere a que infancia y juventud, son construcciones relativamente recientes en el curso de la humanidad; han sido formas de segmentar la vida de las personas, una manera de clasificarlas por la edad que tienen, algunas características biológicas y psicológicas, pero que tienen mucho de arbitrario. Basta mirar en los albores de este siglo XXI hacia comunidades indígenas, rurales y a las metrópolis, para darnos cuenta de las enormes diferencias entre ser niño y joven en uno u otro lugar. Si acaso miramos al pasado histórico, nos encontraremos con el “sorprendente” descubrimiento de la infancia hace poco más de doscientos años¹; es decir, una idea de la modernidad que nos ha servido para mirar, educar, domesticar, dominar, atender, entender y tratar de comprender al ser humano que transcurre por un momento de su trayectoria de vida.

1 Tal como lo muestra Philippe Ariès en su obra *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus, 1987. También está otra obra interesante de Lloyd DeMause. *Historia de la Infancia*. Madrid: Alianza editorial, 1982. Sobre la adolescencia, al parecer existe un texto de principio del siglo XX que marca su nacimiento, Stanley Hall. *Adolescence: its psychology, and its relations to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and education*. Londres: Sydney Appleton, 1904. En cuanto a juventud existen ya varios textos, por razones de espacio citaremos solamente a Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt (eds.). *Historia de los jóvenes*. Madrid: Taurus, 1996.

Algo similar a lo que se dice sobre la infancia puede afirmarse sobre la adolescencia y la juventud, pero con fecha de “creación” más reciente. Lo cual, nos lleva a una segunda reflexión. Si miramos un poco hacia el pasado encontraremos que la adolescencia y juventud son recientes creaciones intermedias entre el niño y el adulto; espacios de espera, de formación, en tanto niña o niño se preparan para llegar a la vida adulta. Pero más allá de esta segmentación, lo que tenemos es una secuencia de pasos de las personas, de manera generalizada, de la infancia a la adolescencia, de ésta a la juventud, para cerrar con la vida adulta y la de adulto mayor. Estamos frente a una forma relativamente nueva y generalizada de trayectoria social de las personas; un camino que hay que recorrer sin posibilidades de retorno.

Si continuamos con las ideas del párrafo anterior, entender las primeras etapas de la vida humana en sociedad, es esencial para entender la manera de ser y estar en sociedad, de construirnos como seres en sociedad. Entender lo mejor que podamos los primeros decenios de la vida social de las personas es fundamental para entender todo el proceso de la vida en sociedad. Entender mejor ese “compás de espera” tiene implicaciones teóricas y prácticas importantes; baste decir que no se trata de una hibernación social, para nada quieta e inerte, por el contrario, es una etapa de la vida humana de profundas transformaciones y construcción social, donde se introyectan los cimientos para ser y estar en sociedad. Si vemos a la infancia y juventud de esta última manera, tendríamos que actuar en consecuencia, es decir, seres humanos que requieren múltiples estímulos y apoyos, con enorme capacidad de agencia y múltiples destrezas individuales y sociales.

Sin embargo, al mirar distintas realidades sociales podemos constatar una mirada dominante sobre cómo debe ser el niño, la niña, los jóvenes en nuestra sociedad; quizá donde obtenemos mejores evidencias es en las instituciones sociales que se han creado para aquellos que salen del padrón de normalidad, es decir, del padrón dominante. Al menos un par de artículos en este número dan cuenta de los esfuerzos instituidos para tratar a niños y jóvenes al momento de salirse de la normalidad. En las instituciones aparecen los agentes de la “normalización”, que se pueden llamar papá o mamá, profesor o profesora, educador o educadora social.

En la segunda mitad del siglo XX, a la par del avance del conocimiento científico y tecnológico, se consolidaron las especialidades, esto es, la preparación específica para una

rama o campo de la ciencia, en detrimento del conocimiento más amplio e integral. Hacia el final del mismo siglo se tomó plena conciencia de las desventajas de la hiper especialización, del conocimiento segmentado. Proceso similar ocurrió en las ciencias sociales y las humanidades; el resultado de este proceso trajo como consecuencia de que un especialista en primera infancia no abordaba temas de juventud; lo mismo, el “juvenólogo” no abordaba temas de infancia, el resultado fue un empobrecimiento en la comprensión de lo que sucedía con un joven, pues se veía desligado de sus antecedentes infantiles.

Así se dio, primero, una especialización y luego la super especialización. De esa manera un científico era experto en primera infancia, otro en adolescencia, alguien más en juventud y, seguramente, había quien se especializara en juventud tardía.

La respuesta a esta excesiva segmentación del conocimiento se dio con toda claridad hacia finales del mismo siglo XX, y llegó con la multi y la trans disciplinariedad. Entender fenómenos sociales y humanos requería, y requiere, de muchos especialistas que miraran las partes, pero sobre todo, aquellos capaces de tener miradas más amplias, de tal forma que se tuviese una visión integral del proceso social, del grupo, de la persona que se estaba estudiando.

En este orden de ideas, una tercera reflexión nos lleva a considerar que la mirada especializada es tan necesaria como la mirada amplia, integral, ambas son complementarias para entender mejor las cuestiones sociales y de las personas o grupos que estudiamos.

La infancia y la juventud son hoy un sólido sujeto social, tanto como un objeto de análisis social, pero no aislados en sí mismos, sino vistos como parte de la dinámica relacional, mediante la cual se construyen las formas de ser y actuar en la sociedad.

Analizar la infancia y la juventud no solamente nos permite ver a estos grupos sociales contenidos en ellos mismos, nos permiten entender la forma en que la sociedad se organiza y establece diferencias entre aquellos, así como con respecto a los adultos; nos permite también ver la normatividad social y su manera de implementarla en los infantes y los jóvenes, ver cómo actúan los jóvenes con respecto a la sociedad en la que les tocó vivir, cómo se relacionan entre ellos y con los miembros adultos de la sociedad, cómo se relacionan con las instituciones sociales, y cómo se enfrentan a las formas de control de la cultura dominante.

Lo inmediato anterior nos lleva a reflexionar cómo es que las relaciones entre los diversos grupos de edad forman parte del andamiaje social que sostiene las relaciones de

poder asimétricas entre los distintos grupos sociales. Cómo actúan unos y otros grupos entre sí, cómo actúan unos sobre otros –en el sentido de ejercer el poder y su forma de instaurarlo–; esto es parte de lo que podremos leer en los distintos artículos que componen este número de *Ixaya*.

Familia y escuela son dos de las instituciones sociales por excelencia que funcionan como productoras y reproductoras de lo social; a estas instituciones se suman otras que van dirigidas a aquellos que se empiezan a quedar fuera de su influencia, así, surgen las instituciones de internamiento y los programas para atención de adolescentes y jóvenes que salen de la esfera normativa.

Los trabajos de Gloria López y Yuherqui Guaimaro, nos muestran el funcionamiento de escuela y familia, en tanto instituciones que contribuyen a lograr equidad y equilibrios sociales, la dualidad de la primera como espacio de encuentro o de violencia; la segunda con las enormes implicaciones de la familia para el desarrollo humano y social de la infancia.

En sentido similar Gabriel León nos describe ampliamente cómo *Mayama* se constituye en un programa dirigido a población adolescente, de ambos sexos, que potencializa sus capacidades, sin olvidar su contexto familiar y comunitario.

Priscila Padilla, por su parte, contribuye a asomarnos al mundo institucional/asistencial y analiza su discurso normalizador, eufemístico; importante para ver la distancia que existe entre un discurso de derecho y de derechos y la práctica institucional.

Y por su parte, Rogelio Marcial, nos introduce de lleno a los dilemas que enfrenta la juventud contemporánea, sus acciones, las lecturas maniqueas de los detractores de los jóvenes que parten de prejuicios y un enorme desconocimiento acerca de quiénes son estas personas como grupo, como individuos, como sujetos de derecho. Un artículo que ayuda a esclarecer el panorama juvenil.

Alma Leticia Hernández, nos introduce en el mundo de los jóvenes en los nuevos asentamientos urbanos, al conocimiento de lo que se ha dejado de hacer en el afán de una industria de la construcción que parece no construir para las personas.

La clara reseña de Adriana García aporta una bien lograda síntesis de un grupo de jóvenes posgraduados y sus resultados de investigación, con sus preocupaciones y ocupaciones en tareas educativas, tan necesarias en tiempos de una reforma que no parece tener un sólido asidero teórico metodológico.

La reseña del libro *Los jóvenes de México*, elaborada por Igor González, deja claro que el esfuerzo colectivo en la realización de ésta obra, marca un hito y constituye una re-inauguración crucial y necesaria de los estudios de juventud en México.

El panorama que obtenemos con los trabajos aquí presentados conforman un mosaico de la sociedad contemporánea, tanto local, nacional e internacional. De esta manera no es difícil entender las problemáticas juveniles y las respuestas dadas desde Colombia. También podemos imaginar que las dificultades para realizar trabajo de campo se presentan en Tlajomulco, Sinaloa, Guadalajara, se enfrentan también en Caracas.

Los abordajes específicos a los que tenemos acceso en este número de IXAYA nos permitirá repensar las dificultades y experiencias propias, realizar el ejercicio de contraste y entender mejor la secuencia interactiva infancia-juventud-sociedad.

La sociedad contemporánea parece estar atravesando por veloces cambios tecnológicos y sociales; no debería extrañarnos que niñas, niños, adolescentes y jóvenes se encuentren también por estos cambios, a los que se suman sus transformaciones biológicas, físicas, psíquicas; la brecha generacional, el resquebrajamiento de instituciones de la modernidad.

Sin embargo, parece que las instituciones sociales y programas dirigidos a este sector poblacional no están partiendo de las visiones de infancia y juventud, de ahí que no deba extrañar una aparente o real desvinculación de niñas, niños, adolescentes y jóvenes, de instituciones y programas, en particular de los tradicionales, así como de los programas derivados de este enfoque; el hecho de que la escuela y la familia pierdan peso en la significación e identificación de aquellos puede ser el resultado de la exclusión, de la falta de participación en su configuración, de falta de sentido para niños y jóvenes, una consecuencia “natural” puede ser el debilitamiento del sentido de pertenencia.

Por otro lado, parece que en las trayectorias de vida de los jóvenes se van acumulando vulnerabilidades y desapegos; sin duda, algunos de los trabajos aquí presentados nos ayudan a atisbar algunas posibles respuestas, pero sobre todo urgen a mirar más ampliamente y de manera más cercana a este grupo social. Es el deseo de los que trabajamos en este número de IXAYA que los artículos que se presentan permitan sugerir reflexiones y acciones hacia las cuestiones aquí planteadas.

El desarrollo social exige que incluyamos a niñas, niños, adolescentes y jóvenes desde ahora, con su presencia, con su voz en lo que les atañe: la construcción de la sociedad en la que viven y la que heredarán de nosotros. No es posible concebir el desarrollo social sin su participación.